

LENGUAJE Y UNIVERSIDAD

Francisca IÑIGUEZ BARRENA
I.B. «Vicente Aleixandre» de Sevilla

El hablante debe usar la lengua de diferente manera según las distintas situaciones en las que se encuentre. Una persona culta sabe cambiar el estilo de su discurso; por el contrario, un iletrado nunca cambia su registro. Esta pobreza de expresión está de moda hoy día entre nuestros jóvenes en general y afecta también a nuestros estudiantes. Nosotros entendemos que ésto es un impedimento en sus estudios cuando llegan a la Universidad.

Proponemos una seria reflexión acerca de un problema que consideramos importante tanto para los estudiantes como para los profesores.

Talker should use the language in a different way according to the several situations in which he stands. A cultured person knows how to change the style of his speech; on the contrary, an illiterate one never changes his level. This poverty of expression is on the fashion now a days among our young people in general and, specifically, among our students; and that is, really, a handicap to be successful in their studies when they arrive at the University.

We propose a serious reflexion about a problem we considere important for students and teachers.

Cuando en C.O.U. se aborda el tema de la «Estratificación del uso lingüístico», los alumnos lo acogen sin interés, como

uno más. No toman conciencia de la importancia que tiene, no en cuanto a su aprendizaje teórico, sino muy especialmente en lo que debería de influir con respecto a su cambio de actitud como hablantes, por cuanto le afecta para su presente y, sobre todo, para su futuro de estudiantes universitarios.

En el aspecto teórico, al que nos vamos a referir muy brevemente, se atiende de inmediato al concepto de «estratificación» recurriendo a los criterios de «registro» y de «situación», o sea, a los distintos usos que un mismo hablante puede hacer según su propio conocimiento de la lengua, según el momento en el que se halle, o según sea su interlocutor. Nos encontramos así con variantes que afectan al nivel social, al nivel cultural y a las circunstancias en las que se desarrolla la comunicación. Pero también esas variantes pueden venir de terminadas por otros rasgos, como son: la edad, el medio ambiente en que habitan las personas, el sexo, etc. En el español, como en todos los idiomas, esas variedades son tipos diferentes de una lengua común, y, por tanto, inteligibles, en mayor o menor grado, para los hablantes de dicha lengua. Sobre todas ellas se sitúa la «norma», conjunto de reglas que, según el código, nos indican la corrección o incorrección de los distintos mensajes, es decir, que para cada uno de ellos existe una «norma»

distinta y, de este modo, lo que puede ser aceptable en un caso, puede no parecérselo, a los mismos hablantes, en otro. Por ejemplo, no parecerá adecuado «hablar como un libro» cuando los interlocutores se encuentren en la calle.

Considerando estas variantes, y muy especialmente las de procedencia social y cultural, se distingue entre lo que se denomina un «código restringido» y un «código elaborado». El primero, propio de la lengua vulgar, se caracteriza por un léxico poco abundante, con gran escasez de adjetivos; oraciones cortas, inacabadas y desorganizadas; nexos repetitivos, exclamaciones abundantes y abuso de frases hechas, incluso de términos soeces. El segundo es propio de la lengua culta, es decir, usada en toda su extensión y riqueza, de acuerdo siempre con la norma. Una persona instruída será la que es capaz de cambiar de registro con facilidad, para adecuar su actuación no sólo a la situación de la elocución (comunicación en familia, entre amigos, dar una conferencia, leer un poema, etc.) sino al tipo de discurso (científico, técnico, administrativo, político, ...), al medio de comunicación empleado (en principio, lengua oral y lengua escrita; y después, radio, televisión, periódico, etc.) y al objeto del mensaje, que conlleva funciones predominantes y distintas según el mismo (información, persuasión, expresión de sentimientos, orden, ruego, argumentación, etc.). Así, un hablante culto puede expresar y comprender contenidos intelectuales y de todo tipo con la mayor propiedad y exactitud. En cambio, una persona menos culta verá mermada tanto su «actuación» (capacidad de expresión), como su «competencia» (capacidad de comprensión de los diversos

mensajes producidos) y se conformará con el uso de un código restringido en todas las situaciones.

Precisamente, ese código restringido o «lengua vulgar» es el que cada vez más se escucha no sólo en la calle, entre personas de clase baja, sino entre nuestros estudiantes, dando lugar a lo que y todos llamamos «la jerga juvenil». ¿Qué entendemos por «jerga»? Su definición más común es la de variedad lingüística de un grupo social fuertemente diferenciado. En este caso, el grupo de los jóvenes que la usan. Podríamos seguir adelante, sin darle mayor importancia al asunto, si no fuera porque, a pesar de la insistencia continua que hacemos los profesores para que los alumnos comprendan la relación directa que existe entre el lenguaje y el pensamiento y la necesidad de expresarse bien, observamos que los cursos se suceden y a nuestros jóvenes les cuesta cada vez más comunicarse con normalidad. Su fonética es deficiente y relajada, tanto que parecen que mastican las palabras. Su léxico es impersonal y su campo de actuación pobrísimo. El vocabulario se limita a términos que aluden a la relación personal (más bien sexual), al divertimento y poco más. Abundan en la designación, la animalización, la cosificación y otras connotaciones más o menos degradantes para el ser humano. Cuando en la clase se les hace una pregunta, apenas aciertan a expresar lo que piensan, si es que las ideas las tienen claras. Los balbuceos son permanentes y la imposibilidad de que expliquen algo con coherencia y orden hagan una breve argumentación o un razonamiento se pone de manifiesto.

Estos son, en su mayoría, los chicos que, tras aprobar la Selectividad, ingresar

en la Universidad, dispuestos a iniciarse en unos estudios específicos (científicos, técnicos o humanísticos) y que, sin embargo, van desprovistos de la herramienta fundamental que los ha de introducir en esos campos: el lenguaje culto. Esa es, a mi juicio, una de las causas iniciales del «fracaso» en la primera etapa universitaria.

Por lo que respecta a los estudios técnicos y científicos, puede decirse que el lenguaje que se emplea es el ordinario combinado y complementado con medios de expresión heterogéneos (en el caso de la Lógica y de las Matemáticas, por ejemplo). Ahora bien, el léxico es desbordante (el volumen de los términos científicos o tecnicismos es abrumador) e inestable y por lo mismo creciente (sometido a los cambios de la investigación o a las modas que rebautizan cosas ya nominadas). Con decir que existen Diccionarios especializados en cada una de las ramas o ciencias es suficiente para dar cuenta de la ingente diversidad. A las características léxico-semánticas, hay que añadir ciertas exigencias gramaticales propias de la exposición científica y objetiva que, por su precisión y ausencia de lazos a situaciones concretas, posibiliten la presentación de los contenidos científicos de forma más adecuada, exacta y tendente a la verificación de las realidades descritas. Por último, como el valor universal o general de los contenidos científicos afecta tanto a su comprensión y difusión, como a la validez de sus afirmaciones, la exposición científica no debe alejarse nunca del horizonte teórico y metodológico de la misma. Todo ésto obliga no sólo al léxico, a la semántica y a la sintaxis, sino a la ordenación del contenido en el discurso científico, o sea, a conocer muy bien cómo han de llevarse

a cabo las explicaciones: forma y etapas de la investigación, planteamientos, postulados, razonamientos, etc. Y todo ésto debe saberlo perfectamente un estudiante que pretenda alcanzar estos niveles de conocimiento.

En relación a las disciplinas humanísticas, a ellas se les atribuye una gran capacidad educativa. Recordemos que el Humanismo renacentista supone un brusco cambio cultural con relación al pensamiento medieval: el hombre acude a los textos clásicos para adoptar modelos de vida y, en definitiva, para descubrirse a sí mismo. A medida que los estudios sobre el hombre y sus productos culturales se han ido ampliando, también han aparecido nuevas ciencias humanas, como la Sociología, la Economía o la Política. Todas estas disciplinas emplean el lenguaje verbal ordinario, sin excluir otros medios de expresión como las matemáticas o metalenguajes formalizados (en Economía, Historia, Sicología, etc.).

Cuanto hemos dicho acerca del léxico y de la sintaxis de los mensajes técnico-científicos podría aplicarse a los humanísticos. Sin embargo, se diferencian en que mientras los primeros tienden a la objetividad y a la concreción, los segundos son más subjetivos y utilizan en sus exposiciones un tono más personal que refleja las actitudes del autor, su adhesión a ciertas ideologías, la influencia de la tradición,..., incluso, su voluntad de persuasión. También en este campo, los tecnicismos por sí solos constituyen un léxico terminológico, si bien las palabras no presentan, como en aquéllos, la característica semántica de la univocidad, sino que, por el contrario, son polisemas y, al mismo tiempo, se da una proliferación terminológica dentro de un mismo

ámbito de conocimiento (es decir, que cada Escuela o cada metodología crean su propia terminología). En resumen, la polisemia, la sinonimia parcial y la abundancia de términos abstractos son las características lexicológicas distintivas de este tipo de lenguaje. En cuanto a la sintaxis, también aquí hay que conocer, como ocurre en las materias técnico-científicas, cómo es el orden de la exposición; pero los mensajes humanísticos no se limitan a los métodos deductivos o inductivos, sino que además poseen sus propios recursos: la argumentación (deliberativa, epidíctica, judicial), el ensayo, el artículo, el trabajo monográfico, los textos que suponen un ejercicio de síntesis o de análisis, los debates, etc. En todos ellos se ve como muy importante la personalidad del emisor, hasta el punto de que muchos de estos textos se amoldan a las condiciones personales del autor. Y también se tiene muy en cuenta al receptor, sus opiniones y valoraciones. Por tanto, la retórica y la dialéctica son fundamentales. De la elocuencia del escritor o del orador va a depender muchas veces que el receptor comprenda y se ponga en contacto con los puntos de vista de filósofos, historiadores, sociólogos, etc. y, también, que acepte las opiniones y los razonamientos de los políticos o de los juristas.

En consecuencia, y volvemos al inicio del asunto, se ve como muy necesario que los alumnos que están a punto de entrar en la Universidad tomen conciencia de que con el lenguaje pasota o jerga juvenil que usan no podrán alcanzar nunca el conocimiento de las materias universitarias. Es un mundo que les está vedado mientras no aumenten su nivel lingüístico, tanto en el aspecto de la

comprensión como en el de la expresión. Pero ya no es sólo el problema de comprender o de construir mensajes lingüísticos, sino que el lenguaje es, además y de manera principalísima, vehículo para el pensamiento. Remontándonos un poquito en la historia de la humanidad -y con esto termino- dicen los antropólogos y los filósofos que el primer rasgo que distinguió al hombre del animal no fue la tendencia al gregarismo, ni siquiera la habilidad manual («homo faber»), características ambas que están muy desarrolladas en los simios por ejemplo, sino su capacidad de hablar («homo loquens»). Lo que nos iguala como humanos y eleva nuestra categoría dentro de la Naturaleza con seres superiores es la capacidad que tenemos de comunicarnos unos con otros. Pero, como sea que el lenguaje es una ventana abierta al mundo que permite al ser humano «ver» y «pensar» («homo sapiens») cuanto más rico y variado es un lenguaje más perfecta puede ser la estructura mental del individuo que lo usa. ¡Y éso es lo mejor que se le puede pedir a una persona con una carrera universitaria!

BIBLIOGRAFIA

- BEINHAUER, W.: 1982. *El español coloquial*. Editorial Gredos. Madrid.
- BLOOMFIELD, L.: 1973. *Aspectos lingüísticos de la ciencia*. Taller de Ediciones. Madrid.
- BOCHENSKI, I. M.: 1979. *Los métodos actuales del pensamiento*. Rialp. Madrid.
- BROWN, J.A.C.: 1978. *Técnicas de la persuasión. De la propaganda al lavado de cerebro*. Alianza. Madrid.
- CALVO RAMOS, L.: 1991. *Introducción, estudio del lenguaje administrativo*. Editorial Gredos. Madrid.

- CARBALLO, A.: 1970. *Español conversacional*. C.S.I.C. Madrid.
- FISHMAN, J.: 1988. *Sociología del lenguaje*. Cátedra. Madrid.
- JANNER, G.: 1989. *Cómo presentar con éxito nuestras ideas a los demás*. Ediciones Deusto. Bilbao.
- MARTIN, G.W.: 1988. *Cómo comunicar mejor por escrito*. Ediciones Deusto. Bilbao.
- MINISTERIO PARA LAS ADMINISTRACIONES PUBLICAS: 1990. *Manual de estilo del lenguaje administrativo*. Madrid.
- REAL ACADEMIA DE CIENCIAS EXACTAS, FISICAS Y NATURALES: 1990. *Vocabulario científico y técnico*. Espasa-Calpe. Madrid.
- SCOTT, B.: 1990. *La comunicación oral y escrita para directivos y profesionales*. Ediciones Deusto. Bilbao.
- STEIL, L., SUMMERFIELD, J. y DE MARE G.: 1988. *Cómo comunicar mejor por escrito*. Ediciones Deusto. Bilbao.